ADELINA

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga

Image not found.

Capítulo 1

ADELINA.

Adelina, ascua que desata mi vida. Fuego perpetuo. Figura llameante que incinera mis nervios. Adelina. Vagabundeo por las callejas de la ciudad con la esperanza de verte en alguna banca, recodo, restaurant o bar. Pero hasta ahora todo es en vano. El único bálsamo que me queda es haberte visto hace dos meses. Esa vez salía de Nación luego de terminar de editar dos reportajes y una serie de artículos junto a mi gran amigo Linares, cuando luego de sacar la cajetilla de cigarrillos y encender un pucho, surgiste en la vereda de enfrente poblada de carteles rotos y muchachitos que limpiaban carros. Esa vez el pucho cayó en la pista y quizá un carro, una bicicleta o una moto lo arrastró, dejándolo sin vida. Recuerdo que si no hubiera sido por la mano de Linares yo habría ido a la vereda de los carteles rotos o tal vez habría sufrido la misma suerte del cigarro. Pero solo quedé ahí, a dos metros de la puerta virreinal de Nación, con algo de hollín y retazos grises, viendo tus cabellos extensos que el viento elevaba y por unos segundos suspendía. Observando la fragilidad de tu vientre, de tus brazos, de tus caderas y tu espalda. Mirando tu blusa celeste o quizá fue azulina. Rememorando la noche que fuimos por primera vez a mi cuarto .Tú, sobre mi cama leyendo o intentado leer los cuentos de Fuentes. Yo ,en mi escritorio terminando nuestro ensayo sobre Hemingway y Faulkner en medio de tres o cuatro botellas de cerveza y una cajetilla de cigarrillos que se esfumaron en casi dos o tres horas .Y luego estuvimos más cerca . Y entonces posé mis labios sobre tu cuello mientras tocaba tu espalda frágil .Y pronto nuestras miradas se encontraron frente a frente y unimos nuestros labios .Y en eso, tal vez fueron segundos después, mi rostro ya estaba hundido en tus pechos que como dos globos grandes succionaba sin cesar .Y luego vi mi lengua enterrada sobre tu vientre mientras uno de mis dedos descendían a tu clítoris. Y después fue una retahíla de sonidos y movimientos que salieron de nuestros labios, momentos de sudor y frenesí que concluyó en un breve sueño porque a las siete y media ya teníamos clase en la universidad. Universidad que permitió que nos conociéramos. Que nos conociéramos y se repitiera en seis o siete ocasiones noches como esta. Noches que aún recuerdo. Recuerdos que cada noche matan mi cuerpo. Ese día en la calle mi cuerpo parecía un marasmo total. Creo que solo moví la boca. Pero la verdad no recuerdo que dije. Quizá fue tu nombre, tal vez fue algo más que tu nombre, pero tu sombra ya se había perdido entre los carros, los tréboles y abetos, los amplios edificios y las casas coloniales. Pronto fui llevado, como hoy, por Linares a beber una cuba libre o un mojito, atisbando las franjas del sol que se estrellan contra los espejos de "Paz y Loyola" y el humo del primer pucho que se comienza a disipar.

Escrito por Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga, Licenciado en Ciencias de la Comunicación, Perú.